Transcripción videoconferencia Lengua II

Sobre los temas que incluirá el parcial

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** En principio, por si alguno no lo sabe, les diré qué les voy a evaluar en el parcial.

Tendrán que estudiar hasta presupuestos y sobrentendidos, inclusive. El parcial abarca hasta ese tema. Para el final, en cambio, tendrán que estudiar los actos de habla y los recursos polifónicos, pero tengan en cuenta que el examen final no incluye los temas evaluados en el parcial. En Lengua I también habíamos dividido los temas.

En el caso de quienes se saquen un 4 o un 5, haremos como en Lengua I: les volveré a tomar en el examen final algunas cositas de los temas anteriores. Eso lo arreglaremos después.

Sobre algunos autores destacados

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Para comenzar, les daré algunos conceptos básicos. Por experiencia, sé que son los que más les cuestan. Luego, ustedes podrán preguntarme lo que quieran.

 El cuadernillo de Lengua II menciona a muchísimos autores. En particular, debemos prestar atención a Ducrot y a Benveniste, especialmente en lo que se refiere a los conceptos de locutor, alocutario, enunciador, enunciatario y deixis. Además, en cuanto al mundo comentado y al mundo narrado, tenemos que enfocarnos en lo que plantean Weinrich y Benveniste en relación con los verbos.

Sobre los conceptos de locutor y alocutario, enunciador y enunciatario

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Entiendo que los primeros conceptos pueden resultar difíciles, pero en realidad van a ver que no lo son tanto.

Ducrot habla de cuatro instancias: locutor, alocutario, enunciador y enunciatario. ¿Cuál es la diferencia entre ellos? El locutor es el que se hace cargo de lo que dice. Por ejemplo, yo estoy hablando ahora: soy el locutor. Estoy hablando con mi propio discurso y me hago cargo de lo que digo. En consecuencia, me transformo en locutor; y ustedes son mis alocutarios. En términos más fáciles, podríamos decir que se trata del emisor y el receptor. Es una situación equivalente.

 Ahora bien, Ducrot dice que nuestras comunicaciones no suelen ser tan sencillas porque muchas veces citamos palabras de otros. En realidad, yo me hago cargo de lo que digo, pero también estoy citando a Ducrot, a Benveniste y a Weinrich. Entonces, hay como otras voces que se meten en el medio: está mi voz, pero también están las voces de Ducrot, de Benveniste y de Weinrich.

Ducrot dice que a eso hay que separarlo de alguna manera. No podemos tener una sola categoría, que es la del locutor y el alocutario, cuando en un texto aparecen varias voces. Entonces, él crea los conceptos de enunciador y enunciatario. Cada vez que el locutor cita a alguien en su propio texto, sea oral o escrito, aparece una nueva instancia, que es la del enunciador. Por ejemplo, si yo digo: “el lenguaje es la mejor forma de comunicarnos”. Y luego agrego: “Dice Ducrot: ‘…’”. Supongan que entre las comillas apareciera una frase de Ducrot. En ese caso, yo soy locutora de una parte de lo que estoy diciendo. Pero cuando cito las palabras de Ducrot, entonces Ducrot se transforma en enunciador. En realidad, yo no soy locutora y enunciadora en ese texto. Yo soy la locutora y Ducrot es el enunciador. Si yo no mencionara las palabras de Ducrot y simplemente dijera “el lenguaje es la mejor forma de comunicarnos”, estaría asumiendo las dos categorías, la del locutor y también la del enunciador. Sin embargo, en cuanto cito a alguien y le doy la palabra, aparece el enunciador.

El enunciador, entonces, hace su aparición cuando el locutor le cede la palabra en algún lugar de su discurso. Esto es difícil de detectar. Ustedes podrán preguntarse: ¿cómo vamos a encontrar a todos los enunciadores? Para el parcial, solamente van a buscar enunciadores cuando aparezcan las comillas. No les voy a pedir un enunciador que esté mostrado de otra forma que no sea a partir de las comillas. Cuando veamos polifonía, que es uno de los temas que deberán estudiar para el examen final, encontrarán que existen muchas formas para introducir la voz de otro. De todos modos, para el parcial nos vamos a guiar por las comillas, nada más. No les voy a pedir, por ejemplo, que detecten todos los enunciadores que aparecen en un cuento de Borges. Nadie lo podría hacer. Además, sería injusto y no tendría sentido. En esta instancia, me interesa que descubran las dos categorías partiendo de un señalamiento claro, que van a ser las comillas. Entonces, no se vuelvan locos. Si no coloco las comillas en el texto, quiere decir que el locutor y el enunciador son la misma persona; en ese caso, forman parte de la misma categoría.

Sobre los pronombres deícticos

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Ahora bien, ¿cómo buscamos al locutor, al enunciador, al alocutario y al enunciatario? Lo hacemos a partir de los deícticos.

Hay un montón de autores que hablan sobre los deícticos. Por ejemplo, podemos citar a Benveniste y a Jakobson. Lo importante es que ustedes sepan cuáles son los deícticos. Recuerden que en Lengua I trabajamos con los oficios sociales y deícticos planteados por Lyons. Ustedes ya saben algo sobre este tema.

 En primer lugar, tenemos que fijarnos en los pronombres personales y en los pronombres posesivos que se refieren a la primera y a la segunda persona. *No son deícticos* los pronombres de tercera persona. No los marquen nunca. La tercera persona es otra cosa, y la vamos a estudiar el año que viene en una materia que se llama Gramática textual. Ahora estamos considerando los pronombres de primera y de segunda persona, que son los deícticos. Partamos de los personales y los posesivos: por ejemplo, *yo, me, mi, te, conmigo, contigo*. Ustedes pueden usar la lista que seguramente vieron en Normativa. Tengan a mano los pronombres y traten de detectar todos los que encuentren.

 No solo se trata de los pronombres personales y de los pronombres posesivos, sino también de los demostrativos, que tienen la particularidad de ser deícticos. Por ejemplo, si yo digo “esta taza” *(la exhibe)*, estoy utilizando el demostrativo “esta” porque tengo a la taza cerca de mí. El demostrativo “esta” indica cercanía respecto del locutor. Ahora bien, si yo me quiero referir a un cuadro que está lejos de mí, no puedo decir “este”, sino que voy a decir “aquel cuadro” porque está lejos. Estos conceptos de cercanía o de lejanía están siempre relacionados con el locutor. Las tres categorías son *este*, *ese* y *aquel*. Cuando se relacionan con el locutor, aparece el deíctico. Por lo tanto, cuando aparezcan demostrativos, márquenlos, ya que tienen que ver con el locutor y con lo cerca o lejos que los objetos o las personas están con respecto a él.

 Hay también otros deícticos, y son los apelativos, es decir, las formas que utilizamos para llamar a alguien. Nosotros tenemos un montón de formas de llamar a las personas. Las podemos llamar por el nombre (“hola, María”), o por el cargo (“hola, doctor”); también podemos usar un pronombre (tú, vos, che, etcétera), un adjetivo (“hola, gordito”), o un sustantivo (“vení, nena”).

Tenemos una gran variedad de deícticos, algunos más graciosos que otros. Por ejemplo, uno puede llamar al novio “cuchi cuchi” o “mi amorcito”.

Me preguntan si es necesario que la persona a la que nos referimos esté presente. Respondo: no siempre. Por ejemplo, un poeta puede escribir una poesía para su enamorada que ya no está, pero igualmente puede llamarla a partir de un deíctico. Puede decirle, por ejemplo: “mi amor, te escribo este poema”. Tal vez la mujer no esté a su lado, pero es probable que después lo lea. La cuestión es que en algún momento el alocutario lo reciba. De todos modos, no necesariamente tiene que estar al lado del locutor.

 Todas las formas de llamar a alguien, inclusive los insultos, indican apelativos y son deícticos. La particularidad del apelativo es que nos muestra la subjetividad del emisor. Justamente, si yo le digo a alguien “mi amor”, no es lo mismo que llamarlo “tonto”, “boludo” o “loco”. Esas formas también muestran cómo veo yo al alocutario: cuán cerca lo tengo; si lo quiero, o no; si lo aprecio, o no; si es alguien distante, o no; si tengo con él una relación formal o no formal. Entonces, los apelativos son deícticos. Y puedo usar también un apelativo para llamarme a mí misma. Por ejemplo, puedo decir: “Yo, profesora, digo tal cosa”; en ese caso, el término “profesora” funciona como apelativo. Asimismo, puedo usar un apelativo para llamarlos a ustedes: “alumnos”, “chicos”. Cada vez que les escribo un *mail* y me dirijo a ustedes diciéndoles “hola, chicos”, estoy apelando a ustedes como alocutarios.

 Los apelativos también pueden hablar de las terceras personas. Si bien las terceras personas no son deícticos, a veces juegan un papel importante en un texto y las tenemos que analizar. Eso pasa con frecuencia en los discursos políticos. El político habla siempre de sí mismo y de sus seguidores, pero también habla de sus enemigos. Es muy raro que un político no mencione a sus enemigos en el discurso. Si en esos textos no habláramos de la tercera persona, nos estaríamos perdiendo una parte importante de su análisis. Por eso, aunque no son deícticos, ustedes deben prestar atención a esas terceras personas porque a veces juegan un papel muy importante.

Sobre la mención de la tercera persona

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Cuando cursaron Lengua I, les subí al foro el Poema N.° 15 de Neruda, que comienza diciendo: “Me gustas cuando callas porque estás como ausente..:”.

 También está el Poema N.° 20. Si quieren, pueden leerlo:

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
.
Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos".
.
El viento de la noche gira en el cielo y canta.
.
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Yo la quise, y a veces ella también me quiso.
.
En las noches como esta la tuve entre mis brazos.
¡La besé tantas veces bajo el cielo infinito!
.
Ella me quiso, a veces yo también la quería.
¡Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos!
.
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido.
.
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío.
.
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla.
La noche está estrellada y ella no está conmigo.
.
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos.
Mi alma no se contenta con haberla perdido.
.
Como para acercarla mi mirada la busca.
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.
.
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.
.
Ya no la quiero, es cierto, ¡pero cuánto la quise!
Mi voz buscaba el viento para tocar su oído.
.
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.
Su voz, su cuerpo claro. Sus ojos infinitos.
.
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.
.
Porque en noches como esta, la tuve entre mis brazos,
mi alma no se contenta con haberla perdido.
.
Aunque este sea el último dolor que ella me causa,
y estos sean los últimos versos que yo le escribo.*.

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Este poema es una maravilla. Es precioso, lindísimo. Y nosotros podemos analizarlo desde los deícticos.

Los únicos deícticos que aparecen en ese poema son los del locutor, que es el “yo” poético a quien su amada abandonó. Es decir, él le está escribiendo a una mujer que no está y que aparentemente no va a volver. Entonces, él pone todo el dolor de su lado, y lo hace a través de los deícticos. Todo el poema está escrito desde un “yo”, con los verbos en primera persona y con la mención de sentimientos relacionados con el locutor. En cuanto a la mujer, jamás la menciona en segunda persona porque ya no la tiene. Entonces, habla de “ella”. Él dice: “Yo la quise, y a veces ella también me quiso”.La utilización de la tercera persona es fundamental porque muestra que ya no la tiene con él, que la perdió y que es algo distante. Si a ese poema él lo hubiera escrito en segunda persona, daría la idea de que todavía la tiene cerca o de que la puede recuperar. La utilización de la tercera persona en un poema siempre está relacionada con el alejamiento.

Si ustedes revisan las letras de algunos tangos o de determinados boleros, podrán comprobar que se ha utilizado la tercera persona en los casos en que la pareja se rompió, cuando ya no hay posibilidades de volver. Evidentemente, los deícticos sirven incluso para interpretar los textos.

Reitero: la tercera persona, si bien no es deíctica, a veces juega un papel importante. De todas formas, nosotros nos centralizaremos en los deícticos. Y en el parcial, para no complicarlos, si tuvieran que prestar atención a la tercera persona, se lo pediría específicamente. De lo contrario, no tienen obligación de hacerlo. Si tienen ganas y si les gusta, lo hacen, pero no les voy a evaluar ese tema. En ese sentido, trato de buscar consignas claras.

Dijimos que al locutor, al alocutario, al enunciador y al enunciatario los buscamos a través de los deícticos. Hasta ahora, mencionamos los pronombres personales, los pronombres posesivos, los demostrativos y los apelativos. Por su parte, las localizaciones espaciales y temporales también son deícticos. Si yo digo, por ejemplo, “hoy tenemos una videoconferencia”, ese “hoy” es deíctico porque es el momento en el cual estoy parada como locutora. Yo no puedo decir “hoy” si necesariamente no me encuentro en este momento. Si digo “mañana”, será un “mañana” con respecto a este “hoy”, que es “mi hoy”. Y si digo “ayer”, será un “ayer” con respecto a este hoy. Esa característica que tiene el tiempo de estar siempre referida al locutor es lo que transforma en deíctico al “hoy”, al “ayer” y al “mañana”. Lo mismo ocurre si digo “aquí” o “allí”.

En el poema que mencioné anteriormente, por ejemplo, dice: “Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos”. Ese “entonces” también es una localización temporal. Dichas localizaciones también se marcan como deícticos. Sin embargo, *no* son deícticos los lugares especiales ni las fechas particulares. Si yo digo, por ejemplo, “me voy a Mar del Plata”, “Mar del Plata” no es una localización espacial porque no es deíctico. Aunque yo viva en Buenos Aires, en Mendoza, en la China o en el Congo, Mar del Plata siempre va a estar en el mismo lugar. Y les doy otro caso. Si yo digo: “En 1984 pasó tal cosa”, ese año no es deíctico, sino una referencia absoluta. El año no depende del lugar en el que yo me posiciono. Sí tienen que ver conmigo el hoy, el ayer y el mañana, el aquí y el ahora, pero no los lugares ni las fechas particulares. Por lo tanto, no marquen como deícticos a los lugares y a las fechas particulares.

Sobre el uso de las formas verbales

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Los últimos deícticos que nos resta considerar son los tiempos verbales. Seguramente, ustedes los están viendo en Normativa. En español, los verbos son un montón y a veces resultan bastante complicados. Como deícticos, básicamente, distinguimos dos ejes. Puedo ubicarme en un eje presente o en un eje pasado. Si me ubico en el eje presente, parto del presente; y si quiero contar algo que pasó antes de ese presente, voy a usar el pretérito perfecto compuesto. Si quiero hacer referencia al futuro, voy a usar el futuro imperfecto. En el caso de que encontremos esos tres tiempos verbales en un texto (el pretérito perfecto compuesto, el presente y el futuro imperfecto), podremos decir que dicho texto pertenece al mundo comentado o discurso, según los conceptos de Weinrich o de Benveniste, respectivamente.

Sobre la diferencia entre el mundo narrado y el mundo comentado

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Benveniste habla de discurso, mientras que Weinrich habla de mundo comentado. Básicamente, los dos plantean los mismos tiempos verbales, con leves diferencias, pero no se contradicen. Ambos se refieren a estos dos ejes: presente y pasado.

Esto es importante tanto para escribir como para hablar. Al hablar, uno se puede equivocar más, pero al escribir, debería hacerlo bien. Sobre todo, cometemos errores en el eje del pasado. Si partimos del pasado, contamos con dos tiempos verbales, que son el pretérito perfecto simple (“canté”) y el pretérito imperfecto (“cantaba”). Esos son los dos tiempos de base. Si queremos contar acciones anteriores a esos dos tiempos de base, tendremos que usar el pretérito pluscuamperfecto. Si yo digo: “ayer fui al cine”, estoy contando algo en pasado. Pero si después quiero contar algo que pasó anteriormente, tengo que decir, por ejemplo: “el día anterior había ido al teatro”. Si una acción del pasado es anterior a otra del pasado, tengo la obligación de aclararlo bien. Aquí tenemos dos tiempos que pertenecen al mundo narrado, según Weinrich, o al relato, según Benveniste.

Además, tenemos el condicional (cantaría, iría, podría…). El condicional, aunque parezca como de ciencia ficción, es el futuro del pasado. En realidad, el condicional tiene también otros usos, pero nosotros estamos hablando del eje del pasado: en ese caso, el condicional es el futuro del pasado. Por ejemplo, yo podría decir: “ayer a la mañana comí medialunas”. Después, suponiendo que hice algo a la tarde y quiero contarlo, podría decir: “por la tarde, comería galletitas”. Si yo escribo esto, lo que le estoy diciendo al que está leyendo es que la acción futura a la del pasado es la de comer galletitas. Dado que el hecho de comer galletitas pasó después que el de comer medialunas, tengo que usar el condicional, que equivale al futuro, pero en el pasado.

Si estoy leyendo un texto que tiene las formas verbales del condicional, del pretérito imperfecto y del pretérito perfecto simple, puedo decir que predomina el mundo narrado, en términos de Weinrich, o el del relato, de acuerdo con lo planteado por Benveniste.

Todo el tiempo combinamos los dos mundos, pero lo importante es ver dónde se sitúa el locutor. A veces, nos podemos dar cuenta de eso porque determinados tiempos predominan en el texto. Por ejemplo, si hay diez verbos correspondientes al mundo comentado y solo uno que corresponde al mundo narrado, el que predomina, evidentemente, es el mundo comentado. Pero a veces no es cuestión de cantidad, sino de ver dónde se ubica el locutor.

Me preguntan si hay diferencias entre los temas de los mundos narrado y comentado. Lo que pasa es que ciertos géneros utilizan más determinados mundos. Por ejemplo, si yo estoy escribiendo un cuento, es probable que use las formas verbales del mundo narrado. Sin embargo, también podría escribirlo en presente; nadie me lo prohíbe y estaría bien igual si lo hiciera bien. De todos modos, uno suele asociar la narrativa con el pasado. En una tesis, por ejemplo, habrá partes en presente. En la introducción podré usar el futuro para indicar lo que voy a hacer, y en otras partes podré usar el presente. Más que con los temas, eso tiene que ver con los géneros.

Con respecto a si un diálogo puede pertenecer al mundo narrado, aclaro que el contenido del diálogo seguramente va a estar en presente. Lo que pasa es que, si el narrador está contando que dos personas están dialogando, dirá, por ejemplo: “Dijo Mario”. Ese “dijo” pertenece al mundo narrado. Sin embargo, lo que dice Mario, como contenido, es muy probable que esté en presente, aunque también podría estar en pasado. Esto es muy relativo y habría que analizar cada texto.

En realidad, sería mucho más fácil si tuviéramos una regla fija, pero uno tiene que ser lo suficientemente amplio como para distinguir que un autor está usando bien los tiempos verbales, o para preguntarse por qué está usando el presente o por qué está usando el pasado.

¿Por qué tenemos que aprender a usar bien los verbos? Porque los tiempos verbales dicen mucho. Si los usamos bien, estaremos dando un mensaje más completo al receptor. Si los usamos mal, estaremos creando confusión y nuestros textos se transformarán en un acertijo. Una de las cosas que dice Weinrich (esto no figura en el cuadernillo, pero se los comento) es que quien usa mal los verbos hace que el texto se transforme en un acertijo y está obligando al alocutario a que interprete cualquier cosa. Entonces, si yo hago una “ensalada” de verbos, el que está leyendo no sabe si me ubiqué en el presente o en el pasado. Así, le estaremos dando una carga extra al alocutario, que no tiene por qué tenerla, porque él no tiene que reponer los tiempos verbales que nosotros usamos mal. El alocutario está para entender otras cosas y no para interpretar el tiempo verbal que nosotros deberíamos haber usado bien.

Los redactores que manejan mal los tiempos verbales, seguramente van a escribir mal; y al corrector que no corrige bien los tiempos verbales le va a faltar algo muy importante porque la mayoría de la gente los usa mal. Por supuesto, tanto el corrector como el redactor deben utilizar bien los tiempos verbales.

Usualmente, digo esto: uno tiene que ver cómo correlacionan los verbos entre sí y con qué intencionalidad los ha puesto el autor, si los usó bien. El problema se da cuando el autor los usa mal. En realidad, el problema lo tiene el corrector, que tiene que leer un texto con los tiempos verbales mal usados.

Entonces, los tiempos verbales también son deícticos porque siempre tienen que ver con el locutor. El presente es el presente del locutor; el pasado es el pasado con respecto al presente del locutor, y el futuro es el futuro con respecto al presente del locutor. Siempre está el locutor en el medio. Y si está el locutor en el medio, es porque está el deíctico. Si no, no se entiende por qué los verbos son deícticos. Los verbos son deícticos porque tienen que ver con el posicionamiento temporal del locutor.

Sobre la puesta en relieve

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Hay algo más que está en la teoría y que tienen que saber bien: se trata del concepto de puesta en relieve.

La puesta en relieve ocurre solamente cuando en una oración o en un párrafo –también puede ser en todo el texto– se presenta una alternancia entre el pretérito perfecto simple y el pretérito imperfecto. Les doy un ejemplo. Si yo digo: “él entró a su casa mientras ella cocinaba”, “entró” es un verbo conjugado en pretérito perfecto simple, y “cocinaba” es un verbo conjugado en pretérito imperfecto. Esta alternancia o comparación entre esos dos tiempos verbales es lo que se llama puesta en relieve. No se trata de destacar conceptos. La puesta en relieve consiste en contraponer el pretérito perfecto simple y el pretérito imperfecto en una oración, en un párrafo o en todo el texto. ¿Por qué se llama puesta en relieve? Porque cuando uno contrapone esos dos tiempos verbales, la acción más importante es la del pretérito perfecto simple. Y esto también deben saberlo quienes escriben. Si yo quiero destacar una acción, tengo que ponerla en pretérito perfecto simple. Las acciones que están redactadas en pretérito imperfecto siempre pasan a un segundo plano. Justamente, uno de los valores del pretérito imperfecto es el de pertenecer al plano de la descripción, a lo que es secundario o accesorio. En consecuencia, si tengo esos dos tiempos verbales, la puesta en relieve se produce porque automáticamente los verbos que están en pretérito perfecto simple quedan destacados. En el ejemplo dado, vemos que a quien lo escribió le importó poner como importante lo que hizo el hombre.

Me preguntan si es indistinto cuál de los tiempos se escribe primero. En realidad, lo importante es que, si están juntos, se va a producir esa puesta en relieve, que es inevitable. Entonces, si el que redacta no lo sabe y quiere destacar una acción, deberá utilizar el pretérito perfecto simple, porque si usa el pretérito imperfecto no la va a destacar nunca y nunca se la va a poder leer como importante. Este es el valor de esos dos tiempos verbales juntos: uno es el que se pone en relieve, y es el pretérito perfecto simple (canté, corrí, salté, jugué, etcétera). Entonces, si yo les pido que señalen la puesta en relieve, tienen que destacar simplemente eso. Uno a veces se complica más de la cuenta y no tiene sentido.

Me preguntan si la puesta en relieve tiene que darse en la misma oración. En realidad, puede ser en la misma oración o en todo un párrafo. Tal vez solo una parte del párrafo está en uno de esos dos tiempos.

Con respecto a la forma en que puede hacerse la puesta en relieve en presente, aclaro que no se puede hacer. Justamente, el presente tiene esa particularidad y esa limitación: no se puede hacer puesta en relieve en el tiempo presente. Es una posibilidad que solo tenemos con el pasado. Por eso, cuando narramos en presente, tenemos muchas limitaciones. Uno suele irse del presente al pasado, justamente porque en el presente faltan tiempos verbales. Es mucho más rica la variedad que tenemos en el pasado. Por eso, los que narran biografías o autobiografías a veces comienzan en presente y luego pasan al pasado, porque en un momento se les va de las manos y hacen unos líos bárbaros. Como decíamos anteriormente, hay textos que convendría escribir en pasado.

Me comentan que por eso se dice que el presente histórico “achata” el texto. Es cierto: lo “achata” porque no permite mucha variedad. El presente es presente. Si bien puedo usarlo con valor de pasado, no tengo posibilidades de jugar con él como sí tengo con el pasado. Siempre va a ser más rico escribir un texto narrativo en pasado que escribirlo en presente, salvo que lo haga con una finalidad o intencionalidad especial, que obviamente se puede tener. Si se hace bien, queda perfecto.

Sobre los presupuestos y los sobrentendidos

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Hablaremos ahora de los presupuestos y los sobrentendidos. Este tema es muy fácil, pero a veces les resulta un poco complicado.

Presupuestos y sobrentendidos son dos implícitos. En otras palabras, se trata de algo que no aparece dicho directamente en el texto. En nuestras conversaciones diarias, y también cuando escribimos, es mucho más lo que dejamos entrever que lo que decimos directamente. Nuestras conversaciones están plagadas de presupuestos y sobrentendidos, y esto es así porque la lengua tiende a ser económica. Si yo tuviera que decir todo, no me comunicaría nunca. Obviamente, eso nos puede llevar a varios malos entendidos, pero también nos facilita una comunicación más rápida. Si no fuera posible dejar de lado algunas cosas que se dan por sabidas, la comunicación sería un caos y no terminaríamos nunca de hablar.

Hay diferencias entre los presupuestos y los sobrentendidos. Si yo digo, por ejemplo: “otra vez ganó River” –es mi equipo, espero que nadie se enoje; y aunque no haya ganado, no importa–, ¿cuál es el presupuesto que está presente en esa oración? El presupuesto es que River ya ganó anteriormente. ¿Qué es un presupuesto, entonces? Es una información que está implícita, pero que surge del propio texto. Es decir, no necesito competencias extra para entender eso. Cualquiera que lea que “otra vez ganó River”, aun sin saber siquiera quién es River, sin saber absolutamente nada, entiende que aquí hay un presupuesto: si yo digo “otra vez”, es porque ganó por lo menos una vez anterior. Esto es un presupuesto: un implícito que sale del propio texto.

El presupuesto se diferencia del sobrentendido porque el sobrentendido requiere competencias por parte del alocutario. Por eso, el presupuesto es responsabilidad del locutor y el sobrentendido es responsabilidad del alocutario. El alocutario, si no tiene las competencias o no se obliga a adquirirlas, se pierde gran parte del texto. En el ejemplo que mencionábamos anteriormente, “otra vez ganó River”, hay un sobrentendido. Se trata de que River es un equipo de fútbol argentino. Si yo no tengo esa competencia, entiendo el presupuesto que surge del texto, pero no el sobrentendido. Entonces, me queda una parte del texto sin conocer.

Los sobrentendidos son básicos y usualmente son manejados por el periodismo. Un periodista no puede decir todo; de lo contrario, las noticias tendrían como diez páginas cada una. Imagínense que, en vez de decir “otra vez ganó River”, el periodista tuviera que explicitar el presupuesto y el sobrentendido. Tendría que decir algo así: “Una vez anterior ganó River. Ahora, otra vez ganó River. River es un equipo de fútbol argentino”. Imagínense esto multiplicado por todo el texto que aparece en una noticia. Sería caótico y hasta imposible. Nadie se comunicaría. Y sería mucho mejor que nos quedáramos callados o que nos comunicáramos por señas.

 Los presupuestos y los sobrentendidos son económicos. En el diario, los presupuestos y los sobrentendidos tienen una sola interpretación, y eso está bueno. Obviamente, el diario a veces trabaja con el doble sentido, pero de todos modos suele incluir presupuestos y sobrentendidos que se entienden con facilidad. Si en el texto aparecen, por ejemplo, “Boudou” y “Cristina”, todos vamos a saber que se trata del vicepresidente y de Cristina Kirchner. Aquí me acotan otro ejemplo: que cuando falleció Perón, en la tapa del diario decía simplemente “murió”.

Los diarios todo el tiempo hacen uso de los sobrentendidos. En realidad, los diarios argentinos apelan a un lector argentino que los entiende y los decodifica. El problema mayor surge con los sobrentendidos que nosotros manejamos en nuestras conversaciones diarias. Todo el tiempo hay un montón de cosas que no decimos, esperando que el otro nos entienda. Sin embargo, muchas veces el otro nos entiende mal –no entiende lo que quisimos decir o no tiene la voluntad suficiente como para entenderlo– y se producen unas discusiones y unos problemas terribles.

Sobre las máximas de Grice

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** En realidad, los sobrentendidos se producen cuando violamos las máximas de Grice, que están en el cuadernillo. Las máximas son las siguientes: sea claro; sea relevante; sea verdadero, y sea exhaustivo. Si nosotros las cumpliéramos al pie de la letra, nunca deberíamos ser ambiguos (lo somos todo el tiempo) y siempre deberíamos decir las cosas que tienen que ver con la conversación. Por ejemplo, si yo me encuentro con alguien y le pregunto “¿cómo estás?”, y esa persona me termina hablando de la abuela que vive en Bariloche, significa que no es relevante: está mencionando cosas que no son pertinentes a la conversación. Y eso atenta contra una buena comunicación.

Por otra parte, de acuerdo con las máximas de Grice, uno debería ser verdadero, lo cual significa decir siempre la verdad (algo casi imposible), y también ser exhaustivo, es decir, responder exactamente lo que nos fue preguntado. Por ejemplo, si me preguntan cuántos años tengo, debería decir cuántos años tengo y no agregar el relato de todo lo que me pasó ayer...

Sobre el principio de cooperación

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Si cumplimos las máximas, está todo bien. El problema es que, cuando no las cumplimos, hacemos que el alocutario comience a pensar por qué no lo hicimos. Y eso pasa porque nuestra comunicación se rige, según Grice, por lo que se llama el “principio de cooperación”.

¿Qué establece el principio de cooperación? Que en las conversaciones diarias vamos a cumplir con las máximas. Pero nosotros sabemos que si alguien no las cumple, es por algo. Y entonces empezamos a pensar por qué no las cumplió. Por ejemplo, fíjense en esta conversación entre el novio y la novia. Él le dice a ella: ¿vamos al cine? La novia le tendría que responder “sí” o “no”. Esa sería la forma directa, de acuerdo con las máximas de Grice. Ahora bien, qué pasa si la novia le dice “hace frío”. ¿Qué quiere decir? ¿El novio va a pensar que ella está loca, que no se quiere comunicar, que está enferma, o que es una desquiciada? No, nada de eso. Simplemente, ella está violando la máxima de relevancia porque no quiso darle la respuesta directamente. Como el novio la conoce y sabe que a ella no le gusta el frío, va a entender que ella no quiere ir al cine.

En ocasiones solemos abusar de los sobrentendidos, sobre todo en lo que respecta a la comunicación entre los hombres y las mujeres. Muchas veces las mujeres no les decimos a los hombres las cosas directamente, y esperamos que los hombres las entiendan. Como los hombres son más directos para decir las cosas, necesitan que nosotros les digamos las cosas directamente. Esa es la cuestión. Y eso es lo que dificulta las comunicaciones. Yo siempre doy el ejemplo de una pareja que está mirando la televisión y él le dice a ella: ¿te lavo los platos? Tal vez ella diga: “No, dejá, no los laves”, pero en realidad está esperando que él le diga: “sí, yo los lavo”, y que lo haga. Sin embargo, como no se lo dijo directamente, el hombre no va a lavar los platos. Entonces, la mujer después se enoja. Si él le dice: “pero ¿por qué te enojaste?”, quizá ella tampoco le diga por qué se enojó, esperando que él entienda que se enojó porque al final no lavó los platos. Situaciones como esta, que es muy complicada, se viven diariamente. Y, si ustedes se ponen a pensar, verán que son más frecuentes los sobrentendidos que las situaciones de comunicación directa. ¿Por qué no decimos las cosas directamente? ¡Vaya uno a saber! De ese modo, generamos que el otro tenga que reponer información.

Esos son los sobrentendidos, que están buenísimos, pero que requieren un determinado contexto y que haya una comunicación y un conocimiento claro entre el locutor y el alocutario. Si no, es imposible la comunicación. Además, dicho conocimiento no siempre es claro. Cuanto más conozcamos a una persona, más podremos confiar en los sobrentendidos. Sin embargo, solemos dejar mucho a cargo del otro, y el otro no siempre interpreta bien.

Generalmente, en los parciales utilizo enunciados de los diarios. No puedo darles una situación y dejar que interpreten cualquier cosa. En cambio, con los titulares de los diarios sale todo mucho más fácilmente.

Les doy otro ejemplo. Si alguien dice: “se me rompió el lavarropas”, y el alocutario contesta: “mi hermano está en casa”, uno podría pensar que se trata de una conversación de locos, que no es relevante, ni pertinente. Ahora bien, imaginen una situación en la que el locutor y el alocutario se conocen. ¿Qué se podría deducir de esa respuesta? Puede que no sea algo tirado de los pelos. Por ejemplo, se podría deducir que el hermano sabe arreglar lavarropas, o bien que el hermano no tendría problemas en lavarle la ropa. Son muchas las situaciones que podrían surgir a partir de esto, siempre y cuando el locutor y el alocutario se conozcan. En ese caso, sabrán que, si uno dice algo, es por tal cosa; y si el otro dice tal otra cosa, también es por algo. Así funcionan los sobrentendidos y los presupuestos. Los que generan más problemas son los sobrentendidos. Sin embargo, sería imposible comunicarnos sin los sobrentendidos. La idea es que no abusemos de ellos.

La literatura utiliza mucho los sobrentendidos. La metáfora, por ejemplo, es un sobrentendido. Si uso una metáfora en la literatura, estoy obligando al que está leyendo a que la interprete. Allí hay un implícito, un sobrentendido grande. La literatura es el reino del sobrentendido. Ciertamente, al leer un cuento de Cortázar, uno podría interpretarlo de cinco maneras diferentes; en realidad, por tratarse de un cuento fantástico, no va a ser directo. De lo contrario, no sería un cuento fantástico.

Algunas consideraciones relacionadas con el principio de cooperación

**Profesora Adriana Santa Cruz.–** Me piden que agregue algunas consideraciones sobre el principio de cooperación.

El principio de cooperación implica que yo tengo que hacer un esfuerzo. Es el que rige nuestras conversaciones. Gracias al principio de cooperación, yo creo que lo que me está diciendo el otro tiene alguna importancia para mí, me diga lo que me diga. Si no funcionara el principio de cooperación, cuando la persona del ejemplo anterior dice “se me rompió el lavarropas” y escucha que el otro le responde “mi hermano está en casa”, tendría que dar media vuelta e irse, o pensar que el alocutario está loco y que no vale la pena escucharlo más. Sin embargo, gracias al principio de cooperación, los hablantes sabemos que si el otro nos dijo algo, ese algo debe tener algún sentido. Por lo general, es lo que ocurre. Y nos preguntamos: ¿Por qué me está diciendo eso? ¿Por qué me está hablando así? ¿Qué me está queriendo decir?

Ese esfuerzo que hacemos por entender lo que otro nos dice se debe a que confiamos en que lo que nos está diciendo es relevante para nosotros. Si no fuera porque el principio de cooperación rige nuestras comunicaciones, la mayoría de las veces que alguien nos contesta con un sobrentendido daríamos media vuelta y nos iríamos, o no lo escucharíamos, o cerraríamos la mente y no le prestaríamos atención. En el fondo, todavía confiamos –y esperemos que sea por mucho tiempo– en que es posible comunicarnos. Y más allá de que en una primera instancia no entendamos al otro, confiamos y hacemos el esfuerzo por entenderlo para que la comunicación siga adelante. Es algo mutuo, que se da entre los dos. Confiamos en que eso que está pasando nos va a servir para algo o tiene que ver con nosotros. Si no, dejaríamos de hablar.

Comunicarse tiene que ver con el conocimiento que tenemos del otro. Recuerden lo que decía Kerbrat-Orecchioni: que comunicarse es ponerse en el lugar del otro. Y los sobrentendidos tienen que ver con ponerse en el lugar del otro. Todo lo que alguien me dice y que yo tengo que interpretar se relaciona con ese conocimiento del otro. Igualmente, de aquí salen grandes equívocos e inconvenientes porque el otro puede interpretar cualquier cosa y hasta se puede ofender. A veces, nuestra intención no es ofender, pero el otro percibe un determinado mensaje como una ofensa. Son los riesgos de la conversación. De todas maneras, piensen que son más las veces en las que el otro nos entiende –o, por lo menos, no da media vuelta y se va– que las veces en que la comunicación no sale bien.

En los mensajes de texto, por ejemplo, además de que acortamos las palabras y abreviamos lo que decimos, nos faltan los gestos, las miradas, etcétera. Con los gestos, uno puede decir un montón de cosas. A veces, uno puede decir algo que, a partir de las palabras, parece muy lindo; sin embargo, con la cara se está diciendo otra cosa. Y también ocurre al revés: un reto, pero con una linda cara, a veces no suena tan mal.

Otro ejemplo lo constituyen los *mails*. Lo más conveniente sería leerlos varias veces. En ocasiones nos puede ocurrir que percibimos un mensaje como si fuera agresivo. Sin embargo, no se trata de agresión, sino de que el mensaje es tan cortito que parece que fuera agresivo. Y uno podría contestar con agresividad, sobrentendiendo agresividad, cuando en realidad se trataba simplemente de economía del lenguaje.

Así es la comunicación. Está bueno saberlo y ver hasta qué punto los sobrentendidos están bien usados, o no. Precisamente, muchos chistes y publicidades se basan en sobrentendidos.

Con respecto al imperativo, cabe hacer una aclaración. Así como está el principio de cooperación en la comunicación, hay otro gran principio que se llama principio de cortesía. Se supone que uno debería ser cortés en la lengua. Las órdenes enunciadas cortésmente suelen ser mejores. Por ejemplo, si decimos “pasame una birome”, en un determinado contexto puede parecer poco cortés. Y no es lo mismo que decir “¿me pasarías una birome?”.

Muchas mentiras que decimos tienen que ver con la cortesía. Yo siempre doy este ejemplo: si una amiga me cuenta que se cortó el pelo y me pregunta cómo le queda, tal vez yo no quiera decirle que el corte le quedó asqueroso. Entonces, quizá le diga: “está bien; igual, el pelo te va a crecer pronto”. Eso es una mentira, pero tiene que ver también con la cortesía. O tal vez nuestra amiga engordó, pero no le vamos a decir “sos una gorda”. Uno trata de decírselo de otra manera. De todos modos, si es un poco viva, la amiga va a percibir el sobrentendido y se va a dar cuenta de que el pelo le quedó mal, o de que está gorda.

La ironía también es un sobrentendido y requiere de las competencias del otro. Por eso, hablamos de competencias en el sobrentendido, pero no en el presupuesto. Para interpretar un sobrentendido hay que tener muchas competencias lingüísticas, culturales y de conocimiento del otro: saber cómo es y cómo se comporta en determinados contextos.